

Décima carta abierta al pueblo de Maranatha

Reflexiones sobre nuestra gratuidad

Recuerdo aún cuando, de pequeño, iba con mi madre a sacar la bula de la Santa Cruzada. Nos presentábamos, una vez al año, delante de D. Félix, el párroco de San Tirso, en Sahagún de Campos, para que la Iglesia nos otorgara su misericordia. A cambio de dos o tres pesetas, D. Félix nos concedía la bula de los pobres, que nos eximía de ciertas obligaciones sobre todo en el ayuno y la abstinencia. Otras bulas eran más caras y dispensaban de más cosas. Yo sé que a mi madre le costaba dar ese dinero porque era la comida de sus hijos. Aún me sigue doliendo su cara al hacerlo. Sin embargo, por nada del mundo omitiría ella tal acción porque más que exonerarnos de ciertas obligaciones se trataba de dar nuestro granito de arena para el sostenimiento de la Iglesia.

Estoy hablando de los años cuarenta, muy al principio de la década, tiempos de posguerra en la que casi todo el mundo era pobre y sufría escasez y hambre. Pese a su pobreza, los creyentes no protestaban. Esta fórmula de sostenimiento y financiación eclesial venía ya de lejos. A lo largo de los siglos no todos acataron con la misma docilidad de mi madre esta obligación de sostener a la Iglesia. Lutero, por ejemplo, se rebeló contra lo que él llamaba la compraventa de la gracia, la cual se ejercía a través de bulas, indulgencias, privilegios y jubileos. Los adinerados podían pasar la vida en crápula continua y, al final, por una gran cantidad de dinero lucrarse la vida eterna con una indulgencia plenaria.

Lutero no solo criticó sino que fue a buscar remedio al fondo de la teología. Su tesis es que nadie se salva mediante obras, méritos, esfuerzos, sacrificios, indulgencias ni jubileos sino que estamos salvados gratuitamente por Cristo. Ahondó hasta la perforación en la carta a los Romanos, lugar donde Pablo trata este tema con la mayor sabiduría. Es la fe en Cristo Jesús la que nos otorga la justificación y ninguna obra buena podrá sustituir esta fe salvadora. Lutero tenía razón pero se pasó un gran trecho dejando la acción de la gracia demasiado en la periferia del hombre.

Mientras el desacuerdo se mantuvo dentro de los límites de la teología pudo ser fructífero; cuando se politizó y entraron en el debate los Estados se convirtió en guerra, división y desastre. Lutero acertó en la perspectiva de la gratuidad; sin

embargo, cuando la utilizó para rebajar el valor del mérito y de los sacramentos como mediaciones semi inútiles, hubo en él soberbia y ganas de ser distinto. Pensó que la estructura sacramental era creación de la Iglesia, una obra puramente humana. Era un genio pero no debía tener gran experiencia de la gracia santificante en su vida. Por eso la soslayó y con ella los sacramentos que la alimentan, pensando que no transmitían gratuidad sino despotismo eclesiástico. Con ello hizo mucho daño a sus fieles privándolos de la comunión, confesión y de la cercanía de María. De esa forma, la salvación gratuita de Lutero se devaluó haciéndose barata y extrínseca, como la de un bombero en un incendio. El Concilio de Trento puso en su lugar estos despropósitos luteranos. Para los católicos la salvación se nos da gratuitamente en Cristo Jesús y se va realizando en el interior del hombre a lo largo de la vida mediante la acción de la gracia santificante para lo cual los sacramentos son esenciales. Esta gracia santificante no crece por esfuerzo o industria humana sino que es gratuidad y don de Dios.

La realidad es que Lutero fue rechazado de plano por los católicos, en especial en el tema en el que acertó, que es el de la gratuidad de la salvación. Contra él surgió un movimiento de Contrarreforma que, por evitar sus desvíos, cayó en otros también muy dañinos. La pastoral contrarreformista insistía en el crecimiento de la gracia santificante mediante las buenas obras y los méritos personales. Con ello el nivel de exigencias subió y también el nivel de protagonismo del ser humano en su salvación. Todo el mundo llegó a pensar que, el ir al cielo era efecto del buen comportamiento. Con lo cual la bondad se constituyó en título y derecho que le podíamos exigir a Dios. La vida eterna consistiría en una oposición en la que se accede al puesto por simple concurso de méritos. Se seguían utilizando palabras sagradas como fe, esperanza y caridad; surgían devociones como la del Sagrado Corazón de Jesús que hablaban de misericordia pero el peso de la salvación seguía recayendo en las obras buenas y meritorias. Estas serían las que verdaderamente nos salvarían. En definitiva, o me salvo yo con mi comportamiento o me voy al infierno.

Con esta praxis, Dios pasa a ser un objeto temido, la obra de Jesucristo queda hibernada, la acción del Espíritu es sustituida por los proyectos humanos, la de la gracia por la fuerza de voluntad y el don por el modelo pero, eso sí, ningún dogma se resiente, la estructura de la Iglesia no está en peligro, ningún fundamento se desmorona. La vida se muere pero las estructuras permanecen y la moral crece y se hace omnipresente y rectora. En la vida de un convento siguen funcionando las constituciones, el rezo y la vida común pero se muere el carisma, la Palabra de Dios, el amor mutuo y la dimensión sobrenatural. En la relación con Dios y con los

hermanos se ahoga la caridad y no se percibe por ninguna parte la obra viva del Espíritu Santo. Este pasa a ser un desconocido, siendo sustituido en primer lugar por duros radicalismos morales que sostienen el edificio y, en segundo lugar, por una tupida floración de devociones que cultivan una interioridad muy sentimental y poco teologal. La devoción al Sagrado Corazón y a la Divina Misericordia son parches devocionales nacidos de la carencia de una auténtica teología y vivencia de gratuidad

Yo he vivido muchos años en conventos, parroquias y grupos que funcionaban así. Toda la gente de mi edad conoce por experiencia este tipo de fenomenología religiosa. La hemos disfrutado y sufrido. Nos ha proporcionado a veces, alegrías humanas pero la calidad religiosa y carismática de nuestra entrega ha dejado mucho que desear. Nos hemos relacionado con Dios sin una experiencia viva de su Palabra, no hemos descubierto a un Jesús vivo y resucitado que nos da su Espíritu Santo. Nuestra teología no ha sido capaz de descubrir la gratuidad de nuestra salvación, por lo que nuestra alabanza y recitaciones corales no brotaban de un corazón agradecido sino del cumplimiento de un deber. Nos ha fallado la relación personal con Cristo, no le hemos descubierto como un tú, lo hemos camuflado bajo la denominación genérica y racional de Dios. Hemos envejecido porque el corazón sin el Espíritu envejece con rapidez

Hoy en día cunde la alarma porque algunos cimientos se resquebrajan. La gente, cansada de exigencias, se aleja de las iglesias. Está hastiada de que la religión sea solo un estricto examen de moral. No quieren soportar más al “Deus ex maquina”¹ que le hemos predicado. Ya nos trae la vida presente suficientes problemas y quebraderos de cabeza como para añadir los del más allá. La impiedad y el desconcierto se adueñan de las masas mientras que el descrédito y el rechazo a la religión se hace cultura. Los chicos del colegio tienen a gala despremiar lo religioso sin que hayan tenido tiempo de saber vitalmente de qué se trata. Reaccionan así porque nacen en una cultura así. ¿Está todo perdido? Evidentemente, no; alguna renovación será posible. El caos, desde el primer versículo de la Biblia, es teologal. Al Espíritu Santo le gusta trabajar sobre él.

Pienso que descubrir y adentrarse en el tema de la gratuidad es importante para que se dé un cambio en nuestra fe y, por tanto, en nuestra acción sobre el mundo. Lo veo como imprescindible para superar el planteamiento ético en el que está encerrada hoy la vida cristiana. En mí sucedió ese cambio. El hecho de que yo entendiera algo de la gratuidad pasó por entrar en la Renovación carismática en el año 1976. Hasta

¹ Es un término filosófico que se refiere a un dios que crea el universo sin corazón, de una manera fría y determinista, como si fuera una máquina.

ese momento yo era ajeno totalmente a esa realidad, es más, era ajeno a cualquier experiencia de Espíritu Santo. Pocos meses después de llegar a Maranatha² pude ya percibir los primeros soplos de ese Espíritu en vivencias personales conscientes. Era otra forma de entender muy emocionante. Dejó de ser un concepto, una idea o tesis y comenzó a ser una fuerza, un poder, una realidad que me habitaba. Me era fácil dialogar con él porque sabía que era una persona y me podía escuchar. La oración del grupo me ayudaba enormemente. El hecho de vivir la experiencia en comunidad, con otras muchas personas que sentían lo mismo, me aseguraba también el no haber perdido pie. Al contrario, el gozo común nos fortalecía y nos animaba a seguir profundizando en dicha experiencia.

Yo era un hombre docto en la materia y conocía bien toda la teoría sobre el Espíritu Santo y sus dones por mis licenciados y doctorados, pero a nivel de experiencia era un doctrino más de los que componíamos el grupo de Maranatha. Es más, respetaba como privilegiados y más sabios a los que habían llegado antes que yo. Necesitaba aprender de ellos y los testimonios que oía me deslumbraban. Sin saberlo, supe ser niño ante una experiencia que me era gran novedad, pese a que ya llevaba quince años de sacerdote y ocupaba cargos importantes. Nunca había sido un hombre muy piadoso y, no obstante, me sentía muy motivado por un atractivo interior que me fascinaba.

El descubrimiento más determinante y la gran revelación de los primeros años en Maranatha para mí fue el Espíritu Santo, su acción en mi interior, sus dones y frutos. Los carismas tardé más en comprenderlos. Sentía que el Espíritu trabajaba en mi interior con lo cual iba chupando gratuidad sin tener todavía el concepto claro. Percibía muy real su acción y continuamente sucedían cosas en mí, sobre todo con iluminaciones que reblandecían mi rígida formación teológica. Pronto comprendí que el Espíritu no acepta sucedáneos: necesita mucha docilidad y sencillez para penetrar en un alma. Llegué en un momento a dudar de que toda mi formación teológica hubiera valido para algo. La resentía como un estorbo.

En el orden práctico dos cosas se me hicieron claras: en primer lugar que mi vida interior le pertenecía al Espíritu Santo. Todos mis esfuerzos para ser bueno y santo, mi aspirar a la perfección, mi lucha para ser un buen religioso y sacerdote, ya no estaban en mi mano. Solo me quedaba mi sí y mi asentimiento y el compromiso que esta entrega conlleva. No obstante, se me quitó un peso y una carga muy grande de encima, pero tampoco sabía bien cómo sustituir los esfuerzos anteriores. Mi bondad y mi salvación tendrían que ser un regalo pero esta gratuidad ¿cómo la podía encajar en mi anterior teología? Todo es obra de Dios, todo es gratuidad, pero ¿es que no hay

² Maranatha es un grupo de oración de Madrid en el que conocí la Renovación carismática.

que hacer nada?

La otra cosa que se me hizo clara es que todo es gracia. Esta experiencia elevada a la categoría de principio universal arrumbaba en el baúl de los recuerdos mi anterior concepción del cristianismo y con ello la orientación básica de mi formación. Por una parte me daba miedo llegar a estos pensamientos pero, por otra, la experiencia me urgía a un radicalismo en este sentido. Miraba a la gente sencilla de Maranatha y veía que disfrutaban como locos. Todos se sentían liberados. Nadie se daba cuenta de que nos estábamos cargando concepciones de siglos. La moral nos seguía amartillando porque de hecho no éramos mejores que antes pero su fuerza coactiva no nos inyectaba los miedos y escrúpulos de antes.

Íbamos cambiando poco a poco el lenguaje. En cierto momento encontré una definición de gratuidad que me hizo mucho bien. Se atribuye a San Agustín y dice: *la gracia es la acción de Dios que, a partir de su inescrutable sabiduría, visita a los hombres con independencia de sus esfuerzos y los impulsa amorosamente a escoger y obrar el bien*. Santo Tomás de Aquino se pregunta si es posible merecer la gracia y responde: *No, porque la gracia es el principio de todo merecimiento*. Queda claro que la iniciativa tiene que venir de arriba. Hay que aceptar esta pobreza. Ninguna de nuestras obras merece la gracia y la salvación; por la vía del obrar no hay salida. Todo nuestro esfuerzo es baldío. Ahora bien, si la salvación no está en nuestras manos, ¿podemos confiar en Dios? Sí, la Palabra nos dice: *Dios nos ama y desea que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad*. La iniciativa de Dios está asegurada. Dios nos ama y lo hace sin condiciones. La cara crucificada de Cristo te está diciendo que ninguna de tus obras, por mala que sea, es capaz de evitar que él te ame.

Solo una cosa impide a Dios obrar tu salvación: tu libre albedrío. Contra tu libertad Dios no puede nada. Decidió desde el principio hacerte libre. Lo cual significa que tú puedes rechazar no solo su salvación sino a él mismo. Este es un misterio tremendo que alimenta continuamente en nosotros el santo temor de Dios, que no es miedo a Dios sino a nosotros mismos. Este rechazo solo es posible desde un endurecimiento prolongado y muy consciente. Los pecados de debilidad no llegan a esta categoría. Tienen que ser muy largamente consentidos para que se trasformen en una postura metafísica que es la única en la que es posible el rechazo a Dios. Puede haber muchas prostitutas, ciertamente pecadoras, pero que no rechazan a Dios. La cultura atea que hoy se vive infiltrada en el subconsciente del individuo puede más fácilmente alcanzar ese nivel metafísico. Es bueno, por tanto, respetarse y tener miedo de uno mismo y no fiarse sin más de una gratuidad barata que no sería otra cosa que reírse del amor de Dios.

Poco a poco, a lo largo de los años, se me fue haciendo claro el concepto de gratuidad y los grandes compromisos que conlleva. Lo bueno es que lo percibía como obra del Espíritu y, por tanto, debía aprender a dejarme llevar para ir descubriendo y viviendo más cosas. Es una obra suya y él la llevaría a feliz término. Los grandes maestros de Maranatha siempre nos predicaron una gratuidad no solo libre del temor y del peso de la culpa sino fructífera en el orden del conocimiento y unión con Dios. Conocer la gratuidad era ver a Dios de distinta manera, ponerle otra cara, estrenar una confianza que nunca habíamos sentido. Empecé a vivirla como un signo de salvación. Sentía que si era fiel al grupo donde se me reveló podría disfrutarla a tope sin miedo a equivocarme. El propio Espíritu Santo me daba testimonio de ello en mi interior. Con ello se me fue haciendo también claro el hondo sentido de la comunidad como lugar de revelación y presencia del Señor. De ahí que mis sentimientos los hiciera extensibles a todos los miembros del grupo. Si eres perseverante y fiel y alabas a Dios en el grupo, no necesitas buscar muchos signos más. La gratuidad y la alabanza no pueden convivir con el miedo; se bloquearían. Cree en ellas y practícalas. No necesitas ningún otro signo de predestinación que la fidelidad a Maranatha o al lugar donde Dios te coloque. Confía a esta obediencia tu salvación y no serás confundido.

Dirás: “Esto mismo se puede decir de otros grupos de Iglesia”. Yo te contesto: “Puede ser. No hago comparaciones. Ahora bien, el Cristo que se predica en Maranatha, el kerigma que te alimenta, la tradición que te sustenta y los signos que nos preceden son de altísima calidad espiritual. Por eso me atrevo a decirte que confíes tu crecimiento y espiritualidad a esta obediencia y vívela como un regalo único. Esta obediencia al grupo es un regalo que Dios te hace porque sin un sometimiento semejante uno se pierde en sí mismo y no llega cerca de Cristo. En Maranatha hay suficientes instrumentos de salvación y suficiente presencia viva de la gracia para ser espiritualmente feliz. Por eso, acepta tu llamada, tu vocación a este grupo, es el mismo Jesucristo ofreciéndote su amistad; sé tú un regalo para él, ya que la amistad siempre es cosa de dos”.

Para poder experimentar esta seguridad es necesario dejar trabajar libremente al Espíritu Santo. Lo que va a hacer ya lo sabemos, va a la búsqueda de tu amistad: para eso te tiene que poner a su nivel. Para eso tiene que abrir hueco dentro de ti para que quepa más gracia, para que valores más su gratuidad, para que el encuentro sea más íntimo. El mar es más hondo donde más agua cabe. La esencia de un cántaro es su vacío interior. Nosotros a este vaciamiento lo solemos llamar pobreza de espíritu. Esta pobreza o hueco interior es un correlato de la gratuidad, es decir, siempre van juntos, a mayor gratuidad más pobreza y viceversa. La gratuidad total solo es posible

en un vacío total.

Otro, pues, de los grandes descubrimientos que hice fue el de la pobreza de espíritu. En Maranatha se aprende que, para ir hacia arriba, tienes que ser despojado de mucho lastre. Ese lastre es nuestro pecado, nuestras heridas, complejos, desgracias y sufrimientos, que pululan en nuestra vida sin ser sanados. El Espíritu Santo tiene que realizar esa sanación y lo hace, en primer lugar, iluminándonos sobre nuestra situación real. Debe mostrarnos lo llenos que estamos de nosotros mismos. El pecado ha trenzado miles de ramificaciones en nuestro interior en las que está preso nuestro espíritu, que es lo que el Espíritu de Dios quiere activar. No solo cometemos pecados sino que somos pecado. Por nosotros mismos no podemos salir de él. Tenemos que ser trabajados e iluminados. La pobreza va en la línea de la iluminación para abrir hueco a la gracia dentro de nosotros.

Hay un subconsciente personal y también comunitario que impide en nosotros la obra del Espíritu y que está anegado de pecado, tanto del original como de los personales. Ahora bien, cuando nuestro pecado es iluminado y lo entregamos deja de ser un obstáculo y pasa a ser una pobreza sobre la que el Espíritu trabaja. Una pobreza no iluminada es riqueza. Siempre te crees algo hasta que el Espíritu te cuenta tu verdad. El crecimiento personal y el de Maranatha van en la línea de esa pobreza iluminada. El pobre no es un ser perfecto, al contrario, es el que sabe que su incapacidad solo la llena el Señor. Maranatha no es un club de perfectos sino de mendigos que se sienten atendidos. Entrar en el abismo de la pobreza es invocar el de la benevolencia y el derroche de gratuidad de Dios. Solo el pobre está capacitado para recibir limosna.

Ser pobres de espíritu es, pues, un don maravilloso. *Dichosos los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los cielos.* La fuerza de Dios se realiza en nuestra debilidad. El pecado del hombre, cuando está entregado, es un objeto especial de amor de Dios. Somos amados en nuestro pecado, en nuestra debilidad, en nuestra impotencia e incapacidad. Ahí es donde podemos captar al tú de Dios amándonos y salvándonos. La pobreza no es un abstracto sino una realidad encarnada. Somos así. El amor de Dios se hace concreto en nuestra realidad pobre, en aquello en lo que tenemos que ser salvados. Es bonito, pues, ser pobre porque de esa forma dejamos trabajar a Dios al cien por cien.

Esta pobreza mata todo idealismo. Para ser pobres no podemos tener ni siquiera concepto de Dios ni es importante saber mucho de él. Solo nos interesa su acción en nosotros, que es donde se realiza el encuentro: que me toque, que me quiera, que me abrace, que me levante, como canta de continuo nuestra música. Es en la encarnación,

en la cruz, en la vida real donde se realiza la boda. En Maranatha hemos oído miles de veces recomendar estas cosas. Por eso no predicamos virtudes, ni bondades, ni méritos, ni perfecciones, ni fuerza de voluntad, ni vencimientos, ni eficacia; todas estas cosas son riquezas que estorban a la acción del Espíritu. La mística de la pobreza solo busca el encuentro porque de él brotará toda la fuerza, todo el amor, todos los dones y carismas.

Hace poco estuve en Medjugorje y asistí a una aparición en casa de Marija, una de las videntes. Mientras llegaba la hora de la aparición, rezamos el rosario. En un momento dado, me sentí como invadido por el don de lenguas. Al rato cesó pero seguí notando una acción interior que cavaba un pozo en mi interior. En ese pozo caía mi raciocinio, mis dudas, mis expectativas, mis recuerdos e imágenes, todos mis sentimientos. Tan fuerte era la vivencia que pensé: ¡A ver si se me aparece la Virgen! No se me apareció pero supe que había sido llevado al lugar interior donde se aparece. Creo que es la mayor experiencia de pobreza de espíritu que se me ha dado en la vida.

Yo pienso que Maranatha y toda la Renovación que siente como ella tiene vocación mística. Este mismo verano he oído decir varias veces al P. Cantalamessa que la Renovación existe para reinstaurar en la Iglesia la gran experiencia de gratuidad del principio, deteriorada por los siglos. Participo plenamente de esa opinión. Para restaurar esa experiencia, el Señor tiene que suscitar algo o alguien que la viva profundamente. No puede ser cosa de un grupo de cantamañanas sino de alguien que viva en anticipo lo que va a fermentar a todos mañana, y eso es la mística. Vivir en anticipo significa conectar y beber de las fuentes de toda gratuidad comenzando por el mismo acto de fe.

En efecto, el Espíritu activa en el pobre toda la vida sobrenatural, comenzando por el acto de fe. Este no es un acto humano de adhesión a unas verdades, ni un acto de confianza, ni una entrega a Dios; no es un acto humano. Su entidad, su óptica, no es humana sino sobrenatural. Solo se salva la gratuidad cuando pensamos que es Dios el que activa en nuestro espíritu la fe que, vista desde nuestra ladera, es una respuesta. El ser del acto de la fe es divino, no tiene origen ni en el deseo ni en el querer humano sino en la donación de Dios. El hombre que cree funciona ya divinamente; el Reino de los cielos ha comenzado a vivir en él.

Cuando me fui haciendo consciente de esto que digo me fui llenando de alegría. Agradecí mis estudios de teología porque me estaban dando un lenguaje y una estructura. Me hice mejor dominico porque descubrí que la gratuidad está en las entrañas de mi Orden dominicana. Cada vez podía profundizar un poco más y, con

los años, se fueron desplegando delante de mí todos los elementos de la vida sobrenatural. Además de la esperanza y caridad comencé a entender lo que eran los dones y carismas. Nunca hubiera entendido yo nada de esto si no los hubiera visto realizados en Maranatha. Sin una comunidad viva donde tales cosas suceden jamás hubieran dejado de ser para mí unos conceptos abstractos. Me refiero incluso a los que yo pudiera tener. Sin el espejo de la comunidad nunca hubiera tenido experiencia de mis propias gracias. La comunidad da vida a los dones a la vez que estos nos encarnan en la realidad.

El Espíritu regala a la comunidad el don de *sabiduría* con el que se aprende a mirar a los hermanos, a la familia y al mundo entero con los ojos, la paciencia y el ritmo de Dios, no con nuestras prisas y juicios. Con el don de *inteligencia*, activado por el carisma de predicación, el pueblo de Maranatha ha entrado en el conocimiento y experiencia del regalo de la gratuidad de nuestra salvación. Con el don de *consejo* Maranatha se ha mantenido firme en su espiritualidad avalada por los frutos. El don de *ciencia* nos ha enseñado a interpretar nuestra vida y todos los sucesos felices e infelices de ella bajo el prisma del amor gratuito y trascendente. Nos ha regalado y hecho tangible también el amor de la comunidad. El don de *piEDAD*, precioso en Maranatha, nos hace sentirnos en casa en el grupo y nos da el estar a gusto hablando ratos enteros de las cosas del Señor. *La fortaleza*, como don, engendra alegría en el pueblo que va perseverando año tras año, comprometido y protegido por una fuerza muy por encima de la humana. Finalmente el don de *temor* es el miedo que guarda la viña, que hace a todos corresponsables de Maranatha. Cualquier cosa menos perder la identidad y la fidelidad a lo que se nos ha dado.

También he podido hacerme consciente de los carismas. En estos días de verano acude mucha gente de otros grupos a la oración de Maranatha, ya que en los suyos han cerrado por vacaciones. Varias veces nos han dado las gracias por la acogida que reciben. Yo les digo que deben sentirse en casa y unirse a todos con naturalidad ya que Maranatha es un grupo madre que ha engendrado muchos hijos y todos caben en ella. No es un grupo excluyente sino de *acogida*, un carisma que de no existir negaría la gratuidad. Además de este carisma, Maranatha ha recibido gratuitamente, sin mérito alguno, el carisma de la *palabra hablada y escrita*. Este carisma configura el ser del grupo y salta por encima de sus fronteras, primero por los contenidos y en segundo lugar por los medios técnicos en los que se distribuye. Ni Maranatha ni nadie se lo puede apropiar pero es aquí donde primero resuena. Otro de los grandes carismas del grupo es el de la *alabanza*, poderoso tanto en aclamación como en lenguas. Es un don muy dependiente de la experiencia de gratuidad. Además de estos, Maranatha disfruta de los grandes carismas propios de la Renovación carismática como el de intercesión, sanación, etc.

La gratuidad del Espíritu Santo se derrama también entre nosotros en forma de frutos. Aunque los reciban los individuos son frutos comunitarios porque el Señor busca siempre la integración comunitaria de todo nuestro ser y hacer. Hace unos días al salir de la oración fuimos un grupo a tomar algo. A mi lado se sentó una chica de dieciséis años. Se llama Marta. Tiene cuerpo de joven pero carita aún de niña. En un momento me preguntó:

-¿Qué es eso de la gratuidad?

Me quedé mirándola a los ojos.

-Sí, porque vengo oyendo desde hace tiempo esa palabra y no sé lo que es.

Le expliqué:

-Es que Dios, por ser hija suya, te ama y te salva. Simplemente, por ser tu padre, te quiere estés como estés. Aunque hayas sido mala, si vuelves a casa, te acoge sin más, sin que hagas méritos para ser acogida. ¿Lo entiendes?

-¿Y eso tiene algo que entender?, me replicó.

Le parecía tan natural que Dios fuera así que no veía ninguna dificultad. Cualquier otra cosa le parecería horrible. Pensé ¡qué malo hacemos a Dios cuando le imaginamos buscando cosas para castigarnos! El fruto de la gratuidad es pensar como esta niña. Muchas personas de Maranatha a la hora de la muerte sentían lo mismo que Marta.

¿Cómo se llega a esta experiencia de gratuidad? ¿Cómo se llega a la experiencia del Espíritu? ¿Cómo se entra en contacto con esta vida sobrenatural? La respuesta más obvia, la que la Iglesia siempre nos ha dado es que se llega mediante el bautismo. Sin embargo hoy este lenguaje no es suficiente porque el bautismo, tal como se administra en la actualidad, no produce experiencia sobrenatural. Está totalmente devaluado en el sentir de la gente. No fue así en otras épocas. Suele decirse que antiguamente se bautizaba a los convertidos y ahora tenemos que convertirnos los bautizados. La Renovación carismática sabe que es verdad que el bautismo es la puerta de entrada a la experiencia viva de Dios. Por eso, a los que se acercan a ella les impone las manos en comunidad, reza por ellos y en la mayoría de los casos se obra el milagro. Es como si estuviéramos en los días de los Hechos de los Apóstoles. Hoy sigue sucediendo Pentecostés en medio de nosotros. Todos estamos invitados.

Ya se va alargando esta carta y, sin embargo, aún no se ha pronunciado la palabra clave en el misterio de la gratuidad: Jesucristo. Hoy se está poniendo de moda hablar

de gratuidad; es un término que gratifica a predicadores y gentes que les gusta aparecer modernos. El problema es qué contenidos hay bajo esa expresión. Para nosotros la palabra gratuidad se refiere a nuestra salvación. En Maranatha la gratuidad consiste en que Cristo es nuestra justicia. Con otras palabras: estamos gratuitamente salvados porque Cristo ha cargado con todos nuestros pecados. Esta salvación no es futura, ya ha sido realizada y se activa desde el momento que la acogemos. Es una experiencia escatológica pero ya sucede en esta vida. La salvación, la entrada en el Reino de Dios, no es producto de ningún esfuerzo humano; es obra de Dios realizada en Cristo, que carga con todo nuestro bagaje. Pero debemos tener cuidado: no estamos hablando de conceptos sino de experiencia. El Señor en estos casos nos dice en el Evangelio: *El que pueda entender que entienda.*

Los teólogos en los últimos decenios han utilizado mucho la frase: *ya, pero todavía no.* Ya estamos salvados pero todavía no. A nivel de concepto se entiende la frase. A nivel de experiencia, menos, ya que en la experiencia hay un cambio, un toque, una mutación, incluso corporal. Al que experimenta la salvación le cambia la vida. El que tiene experiencia de gratuidad procede ante la vida con un talante muy distinto del que no se siente salvado y vive todavía bajo el peso de sus miserias y pecados. Este cambio es efecto de la resurrección de Jesucristo que comunica su victoria a los que le siguen.

Esto no lo perciben los que viven una simple religión de obras y por eso apenas necesitan a Jesucristo. Con tal de ser moralmente intachables ya tienen solucionado el problema religioso. En el pecado llevan la pena porque viven sobrecargados y con el miedo en el alma. Lo mismo les sucede a los que viven del Espíritu sin haber descubierto a Jesucristo: no saben qué hacer con su encarnación y con su dolor. Tanto en una tendencia como en la otra se piensa en Cristo como modelo, como el máximo representante, como la causa ejemplar de nuestra salvación. No pasan de ahí. Ahora bien, Cristo no es un modelo, no nos salvamos a semejanza suya, no realiza siquiera nuestra salvación, es nuestra salvación.

La óptica de nuestra salvación es sobrenatural y se llama Jesucristo. Si quieres ser santo, ninguno de tus actos lo alcanzará; tu santidad es Jesucristo. Si quieres ser bueno, con ningún ejercicio lo lograrás; tu bondad es Cristo. Si quieres salvarte, nada te ayudará a conseguirlo, ni siquiera la gracia de Dios; tu salvación es Jesucristo. Nadie que tenga la verdad la ha encontrado sino que ha sido encontrado por ella. Ninguna de estas cosas está ahí para aupar al yo humano; acoge a Jesucristo en la humildad de tu impotencia. Entonces dirás como San Bernardo: *¿Cantaré, acaso, mi propia justicia? “Señor, narraré tu justicia, tuya entera”. Sin embargo, ella también*

*es mía pues tú has sido constituido mi justicia de parte de Dios*³.

La esencia de la gratuidad se nos revela a través de la humanidad de Jesucristo. En los primeros años de mi aprendizaje en la Renovación carismática pensé que con disfrutar del Espíritu Santo y de sus dones y carismas, me bastaba. Estaba muy equivocado. La labor fundamental del Espíritu es revelarnos a Jesucristo. Él no habla de sí mismo ni nos cuenta su vida, nos habla de Jesucristo que es donde se realiza nuestra salvación. Una Renovación que no descubriera a Jesucristo y éste crucificado, es decir, humano, se convertiría en burbuja y en secta de alumbrados. Los predicadores de Maranatha siempre nos han insistido en la humanidad de Jesucristo, casi con la misma insistencia que Santa Teresa a sus monjas. Dice la santa de Ávila: *Y veo yo claro, y he visto después, que para contentar a Dios y que nos haga grandes mercedes, quiere sea por manos de esta Humanidad sacratísima, en quien dijo Su Majestad se deleita. Muy muy muchas veces lo he visto por experiencia. Háme lo dicho el Señor. He visto claro que por esta puerta hemos de entrar, si queremos nos muestre la soberana Majestad grandes secretos. Así que vuestra merced, señor, no quiera otro camino, aunque esté en la cumbre de contemplación; por aquí va seguro. Este Señor nuestro es por quien nos vienen todos los bienes*⁴. En Maranatha siempre se nos ha hablado de esto aunque el lenguaje ha variado algo según las épocas. Pedro Reyero nos comentaba con frecuencia el significado de la encarnación y nos decía que todo lo que no pase por ella, es decir, por Jesucristo, es frivolidad. No se nos ha disertado sobre los pobres, la solidaridad, la justicia en el mundo ni de otros grandes conceptos por el estilo. No se nos ha inyectado mentalidad de salvadores ni mesianismos proféticos de ninguna clase, se nos ha hablado de aceptación de la propia humanidad y encarnación que se sanan y triunfan con Cristo en la resurrección. Se ha abundado en la aceptación de la historia con toda su pobreza, no desde el fatalismo, sino desde el poder de lo alto. Este lenguaje no viene de un espiritualismo desencarnado sino comprometido con la realidad del hombre en toda la extensión de su miseria. No hemos utilizado el análisis marxista de la sociedad para renovar el mundo sino algo más parecido a la compasión que viene del corazón de Cristo.

Hay muchas personas a las que la palabra gratuidad les incomoda y les genera inquietud. Su argumento es: entonces, ¿no hay que hacer nada? Esta gente, de momento, no entiende gran cosa, no ha recibido todavía el don aunque tal vez lleve años. Su estancia en Maranatha se les hará bastante penosa, dándoles lo mismo asistir

³ San Bernardo. *Comentarios al Cantar de los Cantares*, Sermón 61.

⁴ Santa Teresa, *Libro de la Vida*, capítulo 2.

o no asistir, irse o no irse a otro lugar. Si se quedan, además de murmurar, suelen tratar de cambiarlo todo, rebajándolo, es decir, haciendo entrar al propio yo mediante actos ónticamente humanos en el proceso de salvación. El que tiene el don sabe que este proceso es entitativamente sobrenatural y al hombre no le cabe otra respuesta que el sí de María y el dejarse hacer.

Si alguien echa de menos dificultades que no tenga miedo que las tendrá. El sí a la gratuidad de Dios le va a costar un precio muy alto porque si quiere llegar a algo, si quiere ser fiel, tendrá que quemar las naves. La salvación es gratuita pero sucede en nuestra carne, la cual no suele estar de acuerdo por lo que la fidelidad siempre está en riesgo. Ni la gratuidad ni la salvación son cosa de un día. Cuando decimos ya estamos salvados significa que entramos en un largo proceso de crecimiento y de santidad que exige una fidelidad a veces dolorosa porque incluye lucha contra uno mismo. La tónica de este proceso, sin embargo, es de alegría y gozo. Uno siente que ha encontrado la perla y es muy feliz con ella. Ve cómo se renueva cada mañana la misericordia de Dios con él. Maranatha es una comunidad pobre y pecadora, que desfallece con frecuencia, pero feliz y contenta de su llamada. Incluso la vida humana en Maranatha, sus relaciones interiores son, casi siempre, cálidas y con amistad de alta calidad. Fuera de algunos momentos de tensiones se asemeja a una gran familia.

En efecto, una vez aceptado por la fe que Jesús es el Señor el Espíritu nos lleva a entregarnos a ese señorío. El tirón interior con el que lo hacemos es también gracia, es obra del Señor. Nos lleva en palabras de San Pablo a sepultarnos con Cristo para resucitar con él. Sepultados con Cristo. No se trata de una muerte física sino de la entrega de todas nuestras obras y de nuestro pecado para que mueran con Cristo y formen parte de su resurrección. Pese a la gracia esta entrega es difícil porque significa morir a nosotros mismos. Hay que tener en cuenta que el pecado da vida, que la gente busca con ansia todo lo que le arraiga en sí mismo, nos queremos salvar en nuestra riqueza, en nuestra ciencia, en nuestra técnica, en nuestro progreso. El mundo quiere arraigarse en sí mismo, encontrar la salvación en su propio esfuerzo. La gratuidad es ajena al hombre de pecado que se ha separado de Dios.

En Maranatha no utilizamos la palabra ofrecer a Dios sino entregar. El que ofrece parece que lo hace desde sí mismo, mientras que entregar tiene menos connotaciones con el moralismo. Con la iluminación del Espíritu, los elegidos entregan su pecado, sus heridas, sus taras y todo su peso a la cruz de Cristo para que su sangre las transforme. Al llegar aquí uno ya es suficientemente pobre para saber que no está en su mano librarse del pecado, sanarse de algo o salvarse en sus méritos. Uno está entregado a Cristo y comienza ese admirable intercambio en que Cristo nos da la vida y la misericordia a cambio de nuestros pecados. Va naciendo una empatía y un amor muy profundo. La boda se celebra en la cruz, la amistad con Cristo se hace

indispensable.

De ahí nace un amor, una seguridad, una esperanza y una perspectiva de vida que compensa con creces las dificultades de la entrega. San Pablo lo apostilla: *Si nos hemos hecho una misma cosa con Cristo por una muerte como la suya también lo seremos por una resurrección semejante a la suya, sabiendo que nuestro hombre viejo ha sido crucificado con él, a fin de que fuera destruido este cuerpo de pecado y cesáramos de ser esclavos de dicho pecado* (Rm 6, 5-7). Todo eso, viviéndolo en comunidad, escuchando los testimonios de los demás, viéndose cada uno reflejado en la lucha de los otros hermanos, sintiéndose ungidos por el mismo poder, participando de la misma alabanza, se puede considerar parte de un don y de una felicidad inexpresable. El Espíritu alimenta la vivencia y hace suave la entrega de tal modo que uno queda marcado para siempre.

Este es el sentido de la muerte de Cristo; así nos salva. Se trata del Cristo hombre, de la humanidad de Jesucristo. Nos salvó según Pablo *por medio de la muerte en su cuerpo de carne* (Col 1, 22). El Espíritu nos explica el designio de Dios asumiendo la carne de un hombre, dotándolo de personalidad divina sin merma alguna de su humanidad. Esto es maravilloso porque en esa humanidad Dios se hace cercano. En efecto, de Dios no podemos formarnos concepto ni imagen alguna a no ser analógica, sacada de las criaturas. Dios es el totalmente otro. Por la misma razón tampoco podemos tener de él un conocimiento vivencial, nuestra empatía con Dios es igualmente analógica. Conceptos analógicos sí se dan, vivencias analógicas referidas a Dios también, como por ejemplo el amor, la misericordia, la benevolencia aunque son imposibles de transferir a Dios sin Jesucristo. Por eso hoy algunos no pasan de aquello de Unamuno: *Tengo sed, luego en alguna parte tiene que haber una fuente.*

Según San Pablo entregar nuestro pecado a Cristo significa morir con él. Ahora bien, *el que ha muerto queda liberado del pecado* (Rm 6, 7). Y continúa: *Así también vosotros, consideraos como muertos al pecado y vivos en Cristo Jesús* (Rm 6, 11). La consecuencia de esta fe es la postura más valiente de toda la Biblia: *El pecado ya no tiene dominio sobre vosotros pues no estáis bajo la ley sino bajo la gracia* (Rm 6, 14). ¿Quién se puede creer esto? Nuestra psicología no puede soportarlo. “Yo -puede pensar uno- he entregado mis pecados a Cristo, ya no quiero vivir de mi ley, ya no quiero vivir mi vida, lo he entregado todo pero ¿qué significa que el pecado no tiene ya dominio sobre mí si sigo siendo débil y pecador como antes?”

Pues bien, en Maranatha se predica esto. El que quiera vivir en Cristo Jesús, el que entregue cada día su pecado y no viva de él, está libre de su peso aunque lo cometa. Esto sucede porque has cambiado de régimen: ya no estás bajo la ley sino

bajo la gracia. El que está bajo la gracia ya no comete pecados. La traducción litúrgica española de estos textos es muy buena, dice: *Ha sido cambiada tu personalidad de pecador*. Así como un árbol bueno no puede dar frutos malos, así el pecado bajo la gracia cambia de signo, es decir, ya no es pecado sino miseria, pobreza, impotencia pero no pecado, porque ya no quieres vivir de él, te resulta más bien una cruz y un peso. Solo es pecado lo que pones en lugar de Cristo, lo que te da vida fuera de Cristo o de su comunidad.

El que ha recibido el don entiende todo esto con facilidad en el corazón. El que lo quiera entender sólo con conceptos no va bien encaminado. Lo devalúa y juega con lo santo. Esto se siente, se presiente, se vive en el corazón. Los cálculos aquí no valen. Uno debe darse cuenta hasta qué punto está jugando o hasta qué punto va en serio. Es cuestión de amores: el de Cristo o el tuyo. En una situación dudosa pregúntale a Cristo. Tú ya sabes de qué va esto, tú ya has hecho mucha oración, a ti te ha hablado el Espíritu. Es cierto que hoy hay una devaluación del pecado y esto puede confundir pero tú conoces la paz y sabes lo que hay detrás de ella. Si la has perdido tienes que consultar y reencontrarte.

Sea como sea, el pecado ya no tiene sobre ti el mismo dominio que tenía antes. Ha cambiado tu personalidad y la óptica del pecado. Este se define como aversión a Dios y cuando estás bajo la gracia esta aversión no existe. La entidad del pecado ha mutado. Esto se sabe bien en Maranatha. Algunas veces te parecerá que nada es pecado y no sentirás urgencia de confesarte. Ya estás en otro régimen en el que no predomina el lenguaje del castigo, de la condenación, ni te brota la culpabilidad sino la compunción. Sabes lo fácil que es volver, sabes que el Señor te busca, que te quiere tal como eres, no te espía, no es tu juez. Has saboreado la bondad del Señor y eso no lo puedes olvidar. Es más que un amigo. Ha pasado por tus propias debilidades. En el régimen de gracia la tónica de tu vida es la confianza, incluso en algún momento podrás decir como Santa Teresa: *Me espanta la libertad que Dios me da*. Ciertos tabúes moralistas, culturales y religiosos como la limpieza, la pureza, el silencio, la austeridad, las ropas, gestos, sacralizaciones de todo tipo dejan paso al cariño, a la facilidad en el trato, a los signos de fraternidad, a la naturalidad en los comportamientos y a lo que es equilibrio natural y racional. Ya no todo es pecado ni mucho menos sino que es real lo que se llama libertad de los hijos de Dios.

La gran seguridad que nos invade no brota de mí porque la alianza nueva que hace Dios con nosotros no se apoya en nuestro comportamiento ético o moral sino en la sangre de Cristo. Ella es la que nos lava, nos limpia, nos purifica y nos justifica. Entrar en la sangre de Cristo es salir de uno mismo y de sus obras. No es tu comportamiento el que decide tu salvación, es la fe en la sangre de Cristo. Esto no es laxitud sino un altísimo don. Por otra parte, la mejor salvaguarda de un buen

comportamiento y de unos buenos frutos, la única forma de guardar los preceptos del Señor, no viene de ti ni de tu fuerza de voluntad sino de la sangre de Cristo que nos merece la gracia. La sangre, las llagas, la humanidad de Jesucristo son el precio de nuestra libertad y de la alegría y del gozo.

Esta es la gratuidad que se viene predicando en Maranatha desde hace más de treinta años. A muchos les suena a protestantismo. Fuimos valientes al aceptar lo que el Señor nos iba dando aun contracorriente. Sobre ese núcleo experimental se ha construido una comunidad llena de vida, no sin discusiones e incomprendiones. El 1 de Noviembre de 1999 nos vino un inesperado refrendo oficial que nos indicaba que en nuestro camino no estábamos solos sino que lo estaba recorriendo toda nuestra Iglesia católica. Me refiero a la Declaración conjunta que la Iglesia católica y los Luteranos firmaron sobre el tema de la justificación. En alemán no existe la palabra gratuidad. Suena así: *Solo por gracia, mediante la fe en Cristo Jesús y su obra salvífica y no por algún mérito nuestro, somos aceptados por Dios y recibimos el Espíritu Santo, que renueva nuestros corazones, capacitándonos para las buenas obras y llamándonos a ellas.* Yo estaba en Alemania ese día. Cuando leí la noticia en los periódicos fue tal la alegría que me perdí durante varias horas por las calles de Münster. Mi único lamento era: “¡Lástima que Pedro Reyero⁵ no haya podido disfrutar de esto!” Había muerto tres meses y medio antes.

¿Qué es lo que ha cambiado? Nuestra imagen de Dios. No sabíamos que éramos amados en Jesucristo de una forma tan total. Todo el peso cargaba sobre nosotros, todo lo teníamos que alcanzar con nuestro propio esfuerzo y, aunque lucháramos con toda el alma, nunca estábamos seguros de nada, nunca teníamos la conciencia del todo tranquila, siempre teníamos detrás la imagen de un Dios frío, impasible, dispuesto a juzgar y a condenar. Las imágenes que nuestra impotencia proyectaba sobre Dios eran tétricas y, en el mejor de los casos, dependiendo de la educación que te hubieran dado, podríamos atribuirle cierta benignidad, pero no para llegar al nivel de la alabanza, de la acción de gracias y de la aclamación ruidosa como se hace en Maranatha. Para alabar a Dios como se hace en nuestro grupo uno tiene que sentir la acción salvadora y protectora de Dios, uno tiene que vivir en un nivel asegurado de descanso y paz, uno tiene que sentir que ya está salvado a costa de Jesucristo. La alabanza es la prueba de nuestra condición de hijos porque el Espíritu es libre para gritar dentro de nosotros: *Abba, Padre.*

La culpabilidad, sin embargo, no se va tan fácilmente de nosotros. La conciencia de nuestra pobreza milita contra la acción del Espíritu, creemos más a nuestros

⁵ Pedro Reyero O.P. es un gran predicador y teólogo de Maranatha ya difunto.

sentimientos que a la Palabra de Dios, nos cuesta mucho sentirnos salvados. Es importante que te lo repitas muchas veces, que crees en ti hábitos buenos que te ayuden a creer en la Palabra de Dios. Pronuncia tu nombre y di muchas veces: “Antonio, Dios te quiere, Jesucristo es tu justicia”. Dilo en primera persona. Es una bella oración. Necesitas subir tu autoestima delante de Dios para que te creas de verdad amado. Imagínate una novia que siempre estuviera contándole al novio lo indigna que es de él. ¡Qué aburrimiento de noviazgo!

En mi caso, como duermo regular, me suelo despertar antes de tiempo y aprovecho para hacer un ejercicio de gratuidad. Tengo un crucifijo de casi una cuarta encima de la mesilla, lo cojo y me lo pongo sobre el pecho para que me transmita su vibración, que es de gratuidad. A veces no quiero, mi carne no lo desea, me siento indigno o culpable de algo, lo veo como inútil, pero por encima de mis sentimientos lo pongo en mi pecho. Mi fe no puede depender de mis sentimientos, creo en Jesús, sé que me salva, con lo que, al final, siempre termino contento y me siento liberado. Lo haría aun en el caso de que tuviera un pecado grave, aunque después hubiera de confesarme. Hay que aprender a mirar más a los ojos de misericordia de Jesús que a nuestros sentimientos y a nuestro pecado. La gratuidad de Cristo está por encima de mi pecado si de verdad no quiero vivir de él y se lo entrego. Como a Pablo, el Señor no nos va a librar de todas nuestras pobrezas y miserias pues de lo contrario nos lo apropiáramos todo.

La carta a los Romanos dice que el pecado nos seduce y suscita en nosotros toda clase de concupiscencias. Eso lo sabemos bien todos y no podemos olvidarlo nunca en la vida. Pero en el que está viviendo a nivel de gratuidad el pecado ha perdido gran parte de su hechizo y de su atractivo. El hombre viejo va decayendo por obra del Espíritu. Su virulencia puede conturbarte en determinado momento pero ya juega en campo ajeno. Los frutos de la carne que en otro tiempo te dieron vida se van trocando en frutos del Espíritu que se salen de toda ley porque proceden del Espíritu. Lo importante es creerse esto. Estamos inmersos en una cultura que no nos ayuda a fiarnos de lo sobrenatural. Nuestra psicología, que es terrena y pertenece a la carne, nos está haciendo de continuo el juego contrario. En este terreno, la ciencia y la sabiduría de las que alardeamos no nos dejan ser sencillos de corazón.

Algunos, entre mis amigos, me dicen que soy un poco utópico al hablar de Maranatha. Lo siento, pero es lo que tengo dentro y pienso que no viene de mí. Para que esta gente se aclare les digo lo siguiente: Hay un artículo de la fe que dice: *Creo en la santa Iglesia católica*. De manera semejante yo creo en Maranatha como obra de Dios. Eso no quiere decir que crea o confíe en sus miembros actuales o futuros.

No creo en ellos y tampoco en mí, pero en el designio de Dios sobre este pueblo sí que creo. Lo nuestro todavía es luchar por la perseverancia y la fidelidad. *Finis coronat opus*, decían los latinos. Ojalá y todos llegáramos a esa corona final porque, aunque no creamos en nosotros, sí nos amamos y nos deseamos lo mejor. Cualquier desfallecimiento de un hermano duele un montón.

Es más, creo que la Renovación está llamada a aspirar a la más alta mística. Un pueblo con experiencia de gratuidad necesita el lenguaje místico para expresarse. Es cierto que la mística requiere mucha tribulación y noche oscura pero pienso que el que persevera en Maranatha hasta el final, en obediencia a los diversos avatares por los que pasa este pueblo, está capacitado para ello. Si el Espíritu nos revela la humanidad de Jesucristo como lo está haciendo nos está empujando a esa plenitud de amor con él. La mística cristiana genuina solo está capacitada para llegar al corazón del hombre Jesús en el cual habita la plenitud de la divinidad. En ese corazón nos encontramos con Dios.

En la mística tradicional la llegada a Dios a través de la humanidad de Jesús se expresa de muchas maneras pero hay un tema recurrente que lo simboliza muy bien; es el tema de las llagas. Las llagas o marcas de la pasión son el signo de identidad del Cristo muerto y resucitado. Jesús se apareció a sus discípulos con sus llagas bien visibles. El alma mística penetra a través de esas llagas en el interior de Jesús. Esa penetración es de un amor infinito y fácilmente expresable porque es en la humanidad. Entrando por ellas se accede al corazón de Cristo y ahí se encuentra uno con la Trinidad. Ese corazón es la fuente del Espíritu Santo; por ahí pasa cuando lo recibimos. No hay Espíritu que no pase por ese corazón. También brota de él la gratuidad de Dios Padre regalada a través de Cristo; de ese corazón fluye la compasión, la misericordia y el don. Maranatha es un pueblo que se sabe elevado al nivel del don y por lo tanto puede entender este lenguaje que formula y acrecienta el amor.

¿Cómo llegamos nosotros a ese corazón? Así como por las llagas de Jesús (humanidad) entramos en su corazón, por las marcas de nuestra propia vida, por nuestras llagas, podemos entrar en el nuestro, sanado ya por la fe en Cristo Jesús. Es en nuestra propia vida donde se nos va a revelar el misterio, puesto que nadie entiende nada más allá de su propia experiencia. Dios habita en nuestro interior. Nuestro corazón, muerto con Cristo y resucitado con él, entiende por empatía e identificación todo el secreto que se gesta en la mayor intimidad. Cristo sucede en nosotros. Es la gran experiencia de salvación que el Espíritu efectúa en nosotros. Todo es humanidad. La nuestra se salva mediante la humanidad de Cristo que sucede en nosotros y nos reviste de sus sentimientos. Esa salvación consiste en descubrir que en Cristo habita corporalmente la plenitud de la divinidad. De esa forma en Cristo

entramos en la intimidad más profunda de Dios y en su mayor arcano, que es la vida de las tres personas divinas.

Termino parafraseando a San Agustín: *El que se renueva mediante el conocimiento y la alabanza, el que va creciendo cada día en santidad y justicia... cuando llegue el último día de su vida, si le sorprende en este progreso y desarrollo, siempre a través de la fe en el **Mediador**, será llevado ante el Dios al que honró y alcanzará una semejanza perfecta con él ya que su visión será completa, le verá tal cual es⁶.*

Chus Villarroel O.P.

Agosto 2010

⁶ Trin. XIV, 17, 23. BAC Obras de San Agustín, , pg. 819